



## PROCLAMANDO LA PALABRA QUE ES OTORGADA

P.A. David Neshar

*“El espíritu del profeta está sujeto al profeta”*

(1Cor 14:32).

Si no es el momento de Dios, entonces necesitamos refrenarlo. Algo sucede internamente en el profeta cuando contiene y retrae su propio espíritu y no escupe simplemente las palabras. Una profusión es siempre un gran alivio, pero aguantar hasta el momento señalado está *más allá* del asunto de lo que nos alivia a *nosotros*. Se trata del asunto de qué glorifica a *Dios*. Todavía hay un ‘yo’ involucrado cuando soltamos abruptamente algo. Necesitamos llegar a un lugar donde no existe interés o satisfacción en nosotros mismos. Da lo mismo que hablemos o que no hablemos, ser vistos o no ser vistos, ser usados o no ser usados, ser puestos a un lado o ser empleados. Solo entonces *podemos* ser usados.

### **1. El propósito de Dios no es el alivio de nuestra tensión, sino la revelación de Su gloria.**

Tenemos una mentalidad orientada hacia el alivio y no hacia la gloria, y en tanto que permanezcamos en esa condición nunca seremos utilizados para ministrar la Vida de Dios (zoe).

Tenemos una pregunta y de la misma manera *esperamos* una respuesta. La pregunta bien pueda ser buena e interesante, ¡así que por qué no hacerla y esperar una respuesta! Tenemos una necesidad y la queremos suplida. Eso no es ser gobernados por el Espíritu de Dios, sino por el interés propio. El hecho de que se trate de un interés espiritual no lo exenta de ser interés propio. El profeta no opera por su propia curiosidad. No se justifica la expresión de algo solo porque sea válido o bueno. El asunto aquí se trata de lo que Dios concede en ese preciso momento.

### **2. El profeta no está en la libertad de declarar todo lo que ve.**

Él puede decir solamente lo que Dios quiere que vea. Él no procede por lo que ve, o por lo que escucha, su propia subjetividad o sus propias impresiones. Él es del Señor, y tal vez esa sea la razón por la cual Dios es más celoso en cuanto al hombre profético que a ningún otro.

### **3. El profeta es uno que es el vocero de la *misma* palabra de Dios.**

No es la palabra del profeta. El profeta está muerto. Él ni tiene vida hasta que Dios la da, y Dios la otorga para *Su* propósito y gloria *solamente*. Aún cuando puedas ver a aquellos a quienes es dirigida la palabra irse abajo como moscas y cayendo sobre sus rostros por el impacto y poder de esa palabra, muchas veces él no experimenta absolutamente nada en ese instante. Él sigue inmutable y no es afectado por aquello que ha derribado a otros sobre sus rostros. Simplemente, él está fuera de ello porque no es *su* palabra. No puede exaltarse en ella. No es su obra. Es la más extraña de las sensaciones el estar de alguna manera separado del poder y el efecto de las palabras propias, y recibir la prohibición de tocarlo o de obtener alguna satisfacción personal.

Habrás veces cuando un profeta entrará a una congregación que parece ‘tener todos los cabos atados’ y que esté adorando estruendosamente—y todo *tiene la apariencia* de estar bien—empero él está afligido. Él está



casi doblado y hecho nudos en el hombre interior. Tiene angustia en su alma, mientras todos los demás la están pasando bien. ¿Cuántos han estado en funciones donde ellos son el único 'raro'? Todos los demás parecen estar siendo 'movidos por Dios,' y hay toda clase de charlas acerca de 'la presencia de Dios,' pero no percibes presencia alguna. No estás consciente de ninguna unción. No ves ninguna bendición. Todo lo que miras es un mar de carnalidad y gente engañada por sí misma, haciendo mucho ruido, y tu presencia en ese lugar es una contradicción a todo lo que está sucediendo. Para colmo, tú no estás ahí como un observador; ¡tú eres el que va a hablar! ¿Y qué será lo que vas a hablar? ¿Hablarás confirmando aquello que la gente cree y celebra como la realidad espiritual, o tomarás el silbato que está en tu bolsillo y lo soplarás gritando, "¡Falsedad! ¡Fingimiento! ¡Inducido por ustedes mismos! ¡Emotivo! ¡Sensual!?"

Hay situaciones en las que no se está seguro de qué decir o hacer. Es una clase remarcable de sufrimiento estar en tal dilema, y aún después de que el momento ha pasado, somos asaltados por el pensamiento de que tal vez nos hemos perdido el instante cuando debimos haber hecho algo y no lo hicimos. Es un sufrimiento, pero *ese* sufrimiento se encuentra en el corazón de la iglesia. Este tipo de sufrimiento es inevitable, frecuente y debe de ser soportado. Muchos de nosotros hemos agonizado al ver la condición de la iglesia, y el Señor lo sabe, y hay algo inevitable acerca de ello, una cierta tensión de no saber. Siempre nos preguntaremos si obramos correctamente. Necesitamos cargar con ese sufrimiento, y el Señor honra eso. Cuando la respuesta redentora llega, vendrá desde aquella disposición a sobrellevar ese sufrimiento como algo intrínseco a lo que es profético.